

la memoria. Novedosos encontramos los cuentos de ambiente norteño, por lo original del argumento y por lo desconocida que nos es literariamente esa región. De este ambiente son «Cruces en el norte», «La pampa» e Historia amarilla», este último una pequeña obra maestra. «Juicio del mar», a pesar de lo trabajado, tiene toda la factura de una novela corta. «Condenados», admirable por la penetración en la psicología infantil que en él demuestra su autor. «El derrumbe», es, a nuestro juicio, el de mayor fuerza humana, apunta en él una tragedia de la cual Koenenkampf pudo haber sacado mayor partido. Y muchos otros dignos de mención.

Con la publicación de este libro, Koenenkampf se asegura un nombre en nuestro mundo literario, más por la elegancia y corrección del estilo que por la calidad intrínseca de los cuentos.—MILTON ROSSEL.

<https://doi.org/10.29393/At145-162CVNL10162>

NOTAS LITERARIAS

LOS ANTEPASADOS DE DON DIEGO PORTALES, por *Fernando Larraín Echeverría*.

Bajo este título acaba de aparecer en el Boletín de la Academia de la Historia un importante estudio genealógico del señor Fernando Larraín, que obtuvo el premio ex aequo con el señor Karcovic en el último certamen sobre Portales. El trabajo del señor Larraín debela la conciencia minuciosa y la curiosidad infatigable de un investigador serio. En plena juventud—rara avis en nuestra época antigenealogista—ha hecho surgir una fuente ineludible para los que se interesen de veras por la figura del Gran Ministro. Su estudio es el más acabado que existe sobre la materia. Echa por tierra en él la tesis sospechosa del origen Borgia de don Diego Portales, más o menos fundamen-

tada por don Francisco Encina. Sobresale también en este ordenado estudio el desprejuicio genealogista del señor Larraín —varias veces vinculado con don Diego Portales— pues nos da las ramas ilegítimas y bastardas de su linaje. Así, con esta honradez y esta falta absoluta de orgullo personal, se franquean las puertas de todo arte y de toda ciencia. El señor Larraín ha agotado en su búsqueda las filiaciones de los ascendientes y descendientes de don Diego Portales, como ha aportado también datos biográficos preciosos sobre sus antepasados.

Es curioso que escaseen los genealogistas en un país como Chile, donde se ha escrito más historia de la que haya podido acontecer. En el siglo XVII, contamos únicamente con Alonso Ovalle, que escribió naturalmente sobre la familia Ovalle. Don Ignacio de Andía y Varela dejó, en 1800 unos apuntes genealógicos que se conservan en el Archivo Nacional. Y sólo a mediados y al final del siglo XIX comienza a nutrirse la lista y a desarrollarse la labor esporádica sin mayor importancia. Aparecen don Ambrosio Valdés Carrera, que se valió de los apuntes de don David Valenzuela Carvallo, don B. Vicuña Mackenna, don Abraham de Silva y Molina, Torres Saldamando y don Domingo Amunátegui. En la nueva falange trabajan con mayor justicia y desenvoltura don Tomás Thayer Ojeda, don Juan Luis Espejo, don Guillermo Cuadra, don Gustavo Opazo y don Juan Mujica. Como se ve, la lista es restringida en relación a la gran demanda de esta naturaleza de investigaciones que debe haber, gracias a la selva de ramas nobiliarias con que deliran tantos y tantos compatriotas.

Pese a la aridez característica de este tipo de obras, su autor logra sostener la atención desde la primera página. Todo lo que se refiera a Portales debe despertarnos vivo interés a los chilenos.

Nos ha llamado la atención la cita que hace el señor Larraín de aquellas cifras astrológicas de gotas de sangre que tenemos fatalmente de uno u otro antepasado. Sin embargo, con

muy buen juicio, él no ha pretendido insinuar que la excelencia del genio de Portales sea un producto de sus gotas de sangre archiaristocráticas e ilustres. La historia de los nobles cretinos y la de los grandes hombres salidos de las más bajas esferas lo hubiesen desmentido, día a día.

Ojalá que el peso de los incunables y el polvo de los archivos no caigan sobre el espíritu ágil de este escritor que se debe al nuevo y palpitante sentido histórico de su generación.

ICONOGRAFÍA DE O'HIGGINS, por *Eugenio Orrego Vicuña*

Inspirada, desinteresadamente, hora tras hora, Eugenio Orrego va haciendo su valioso aporte a las letras y a la historia chilenas. Es uno de nuestros escritores más fecundos este nieto de Vicuña Mackenna que fué el más fecundo de su época.

No olvidamos nunca el acento valiente de su voz plétórica de rumbos libertarios en tiempos de terrible represión. Es que la pasta de este precursor chileno de la humanización de la vida y de la política es de pura nobleza, justicia y elevación moral. Su iconografía de O'Higgins es completísima y prestará servicios, mientras perdure el culto a los padres de la patria. Viene precedida de un análisis suscito y lleno de nuevas perspectivas de la figura de este General, que trocó su espada de libertador en una varilla dictatorial, como lo hicieron la mayoría de los generales americanos que nos limaron los grillos del vasallaje en aquella edad revuelta. Pero la historia de la humanidad es la más larga teoría de paradojas que se conoce.

PORTALES, por *Magdalena Petit*

Después de los libros sobre Portales de Vicuña Mackenna, Lastarria, Francisco Encina, Alone, Domingo Melfi, García GAMES, etc., aparece este Portales novelado por la autora de «La Quintrala», que tiene el mérito de presentarnos al Ministro en

sus justas proporciones. Ninguna exageración patriótica, nada de gigantismos estatuarios. Hechos, vida, ambiente logrado, nitidez, buen sentido. Magdalena Petit tiene en la sangre la tradición de la buena novela francesa. Choca, sin embargo, oír hablar al Ministro por boca de sus cartas. Resulta demasiado literario, odioso a menudo. Lyton Strachey, uno de los más grandes biógrafos ingleses, para hacer hablar a la reina Isabel, por ejemplo, bucea en el panorama psicológico que posee de ella y de su época, y pone en sus labios frases simples, convencidas y convincentes

No obstante, todavía se trasparenta demasiado en el libro de M. Petit la mano de obra y el plan *primario*. Un buen biógrafo-novelistas dispone de muchos medios para organizar con perfección y éxito su trabajo. El estilo de Magdalena Petit es un poco forzado y opaco. En fin, esto es lo de menos. Su libro se lee con agrado y merece un sitio de honor entre las abundantes interpretaciones de don Diego. Pero hay que temerle al «peso de la noche».

LA MENTE, por el *Padre Miguel Luis Ríos* (Mercedario)

En este breve manual la psicología pasa a servir con bastante agudeza a lo cotidiano, sin perder su estrictez científica. El sinnúmero de mentalidades de cuadro clínico definido que expone el Padre Ríos nos prueba que existen posibilidades de hallar una nueva cada día. Entre las que dibuja en su libro hay algunas de importancia cardinal, las que vendrían a constituir—perdónenme el giro—las mentalidades de primera mano; pero el Padre Ríos no ignora que, en este terreno, todo depende de las infinitas combinaciones de factores de muy diversas índoles, las que parecen complacerse en crear a cada rato un «rompecabezas mental» para los psicólogos. Las características de una mentalidad involucradas en otra nos dan en su propio libro la muestra de una tercera. And last but not least.

El Padre Ríos es un matemático que conoce a fondo este corazón humano tan escurridizo. En su ingeniosa obra flota la sonrisa inteligente del que ha sanado ya de la miopía con que nacemos para ver a nuestros semejantes.

EL LIBRO PRIMERO DE MARGARITA, por *Juvencio Valle*

El poeta de «La flauta del hombre pan» y de «Tratado del bosque» es el mago de estas cosas mínimas, en cuya atmósfera de maravillosa suavidad sólo respiran los duendes buenos, las niñas de agua y las libélulas tenues. Juvencio Valle es el ordenador lírico de un mundo microscópico y brillante, nutrido con el material terreno más depurado. Colecciona y combina sus palabras como un Linneo enamorado de las flores, como un Faire apasionado por los insectos. Sólo un hélitro o un pistilo podrían aventajarlo en finura de tacto. El exceso de esta cualidad que aparecía diluída en la belleza indiscutible de sus primeros poemas, ha endulzado su prosa hasta el punto de derretirle su contextura esencial. Por eso el «Libro primero de Margarita» es un banquete de postres exquisitos, donde el lector pierde el sentido—hasta el inefable de la poesía—debido a la exclusiva abundancia de vinos dulces. Tiene páginas, sin embargo, que acusan la calidad del poeta que es y seguirá siendo Juvencio Valle.

EL LAMPARERO ALUCINADO, poemas de *Victoriano Vicario*

Hallazgos sorprendentes de tono, imágenes alucinantes, agilidad seráfica, embrujo de la atmósfera, armoniosa flexibilidad, en suma, otro magnífico testimonio de ese arte de la envoltura poética, de la que los chilenos nuevos tienen la soberanía. Pero el problema es más complejo. Además del destino ineluctable de ser poeta, existe el destino del poema, cuyo nacimiento acarrea las responsabilidades cósmicas y metafísicas

de la aparición de otro ser vivo. El espacio es breve, pero la sollicitación explícita.

Sólo el conocimiento absoluto de la cruda realidad otorga la posesión inagotable de la irrealidad de lo irreal. Asimismo, a pesar de la apariencia esotérica de su sentido, la dialéctica de la poesía, que contiene leyes extremas e inconfundibles, es de un origen concreto: el principio de la realidad poética, no de la ficción.

La lectura de los poetas que muestran su varillita de virtud me inclina a la ingenuidad de aquel niño Falalei, que pinta Dostoiewski en «Los apuntes de un desconocido». «Sueño, te ruego, yo no quiero ver al buey blanco», exclamaba de noche, para darle gusto a Foma, que quería obligarlo a soñar cosas más distinguidas. Pero al día siguiente, con todo candor, volvía a confesar que había soñado con el buey blanco. Falalei no tenía imaginación para inventar; pero su sueño era su sueño. Y qué hermoso y puro es el buey blanco de Falalei.

DOS HOMBRES, por *Domingo Melfi*.

Diego Portales y José Victorino Lastarria. Del primero vamos obteniendo una noción más o menos precisa gracias al número creciente de publicaciones en torno a su férrea personalidad; el segundo autor también de un «Portales» y de los apasionantes «Recuerdos Literarios», acaba de ser captado por Domingo Melfi en una monografía de penetración meridiana. Al fin empiezan a caer los velos de olvido y postergación plegados sobre este héroe del liberalismo. La noble intención de Melfi ha sido poner en relieve la memoria de Lastarria frente a nuestra juventud, para recordarle que no hay que desmayar en la defensa de los principios que son su conquista y su patrimonio. El íntegro y viril Lastarria sacrificó hasta su ventura personal en la lucha contra ese clasicismo anquilosado y anti-clásico que amparaban, conociendo la vitalidad del auténtico,

Andrés Bello y tantos otros. Reclamaba el espacio cálido y aireado del Romanticismo y del Liberalismo nacientes. (Por desgracia, los sagrados espejismos de nuestros abuelos siguen la ley de la herencia).

Y pensar que, casi un siglo después, nos ha tocado a los jóvenes batallar contra el mismo estado de cosas que combatía Lastarria, y que, ¡oh, espanto!, sigue aún vigente en el fondo de la mayoría chilena.

Espero que los biógrafos en ciernes apreciarán lo que es una visión dilatada y un pulso firme en el libro de Melfi.

UN GRAN POETA EN ACCIÓN.

Ha sido necesario que la obra de Vicente Huidobro pertenezca al mundo entero para que en nuestro extraño país sea tan sólo el privilegio de una capilla. Porque muchos hablan aquí de un Huidobro exterior, pero muy pocos lo conocen a fondo. Sin embargo, dejémonos de frasecitas bizantinas a estas horas en que las palabras de fuego del poeta atraviesan el aire de España, acribilladas de balas como cualquier corazón caldeado de energía. Es que Huidobro, este poeta sin precedentes entre nosotros, es la casa misma de la humanidad. La nueva intelectualidad chilena se felicita de haber sido representada también por él en el último Congreso de Escritores.

BALMACEDA, EL PRESIDENTE ROMÁNTICO, por *Luis E. Délano*.

La educación católica y deficiente imprimió en Balmaceda un misticismo tan incompleto que la influencia escéptica de Zenteno, secundada por los primeros éxitos mundanos, acabó por arrancárselo con suma facilidad. Y como el escepticismo es el mejor abono del racionalismo, sobre todo cuando vienen los reveses de fortuna, José Manuel Balmaceda llegó a ser un terco racionalista, envuelto en una película de exaltación sentimental.

Porque si hacemos una autopsia de sus principios democráticos vemos que no existía en su interior ese fuego sagrado del romanticismo político, capaz de mantenerlos a outrance. Pues el romanticismo es la proyección hacia fuera de un misticismo ardoroso de sentimientos arraigados. Si Balmaceda hubiera sido un verdadero y serio romántico habría triunfado en toda la línea. Pero agitó tanto su ideología y sus compromisos que, en un momento dado, sus enemigos podían ser sus amigos y viceversa.

Balmaceda fué, a nuestro juicio, un hombre que se embalsamó a sí mismo en una concepción gigantesca que tenía de su valor personal. Cuando le fallaban en la Cámara las ideas y las frases arrebatadoras sacudía su hermosa melena leonina y desconcertaba a los oradores de aquellos años de la fronda retórica. Fué un patriota, nadie lo duda, mas creyó que podía llevar a la República de la mano y como la República anda casi siempre disfrazada de política, se le escabulló con todas sus viejas artimañas. Además, Balmaceda condicionaba exprofeso sus actos hacia un futuro glorioso, con esa ceguera de la hora presente que provoca el delirio de la posteridad. Balmaceda fué un actor de primer orden, uno de aquellos últimos actores de la tradición clásica, a quienes el triunfo avasallador del romántico Hugo obligó a representar Hernani.

Un mes antes de suicidarse en la misma alcoba que ocupara su enemigo jurado Walker—tuvo tiempo para vestirse de etiqueta antes de tomar la pistola—con un gesto wertheriano, se lo predijo a don Enrique Salvador Sanfuentes, «siempre que no lograra la consecución plena de sus deseos».

Cuando le anunciaron la derrota que costó la sangre de sus amigos Alcérreca y Barbosa, exclamó como el racionalista más consumado: ¡Nos fallaron los generales! No, el gran Balmaceda no fué un Presidente romántico en el sentido lato de la palabra (1).

(1) Si no cito hechos y sólo hay una ponderación analítica en este artículo, es porque presumo que el lector tiene antecedentes sobre estos asuntos que son materia de humanidades.

Yo le insinuaría a Délano que revisara bien el estudio de Joaquín Nabuco y la correspondencia de Guldsmith a su Canciller sobre los sucesos del 91. Qué visión tan precisa y desapasionada de los hechos y de sus causas constituyen esos dos documentos. Los trabajos reunidos de Rodríguez Bravo, Fanor Velasco y Salas Edwards ayudarían también al investigador demasiado impaciente de hoy en día que ha sido un poco el portavoz de ese entusiasmo popular, caracterizado por su dudosa exactitud y beligerancia, cuando se trata de hacer reivindicaciones o resurrecciones de personajes históricos. Los dos tomos de Julio Bañados que revelan a cada instante ser las fuentes principales de Luis E. Délano, no bastan ni son los más recomendables, dadas su falta de perspectiva temporal, su carencia de raciocinio frío y la fidelidad hasta el sacrificio de su autor por el Presidente Balmaceda. Y compromete un vínculo familiar bien estrecho la imparcialidad de esta opinión, pues el Ministro Bañados era mi tío abuelo.

En resumen, la publicación de esta biografía novelada por Luis E. Délano—periodística hasta la saciedad por su estilo descuidado y la ligereza de sus apreciaciones—nos viene a recordar que no se ha escrito todavía el libro completo y de real importancia sobre Balmaceda y su tiempo. —CARLOS VATTIER.